

NAVARRA Y EL PAIS VASCO

En la tercera página de la «Hoja del Lunes» de Madrid de ayer, por la que semana a semana van destilando destacadas firmas de las letras y el periodismo, se publicó el artículo de Torcuato Luca de Tena que reproducimos a continuación:

EN Navarra hubo Reyes cuando en Castilla Condes. Estas palabras las dicen con legítimo orgullo los navarros que conocen algo de su propia historia. Y dicen bien. Los Reyes de Navarra surgen en el siglo IX y los de Castilla en el XI.

Lo que hoy entendemos por Navarra —pues sus límites fueron muchos y flexibles en el transcurso de los siglos— fue ocupada por los romanos.

Las provincias vascongadas —lo que hoy entendemos por provincias vascongadas— no fueron romanizadas.

Navarra, fundidísima desde sus orígenes con lo que más tarde fue Reino de Aragón, tiene como capital a Pamplona, en latín Pompeyópolis, es decir, ciudad de Pompeyo; del mismo modo que Aragón tiene por capital a Zaragoza, en latín Cesaraugusta, o ciudad de César Augusto. En las Vascongadas no existen, ni en su toponimia ni en su geografía, rastros, huellas, ruinas, calzadas que señalen la presencia de los más importantes e influyentes de los civilizadores de la Iberia primitiva.

Aunque tardíamente, ya en los albores de la cristianización de España, Navarra fue ocupada por los godos, en tiempos de Leovigildo. El país vasco, no.

Los árabes, salvo en las montañas pirenaicas, ocuparon el territorio de lo que hoy llamamos Navarra y de lo que hoy llamamos Aragón. Del más abrupto y lejano valle de este último (el valle de Tena), unos lejanos antepasados míos, a las órdenes de San Fernando, colaboraron con los castellanos en la toma de Sevilla a los moros, y ahí afinaron y aún afinan sus descendientes. Salvo en una parte de lo que hoy es provincia de Alava, los árabes no penetraron en territorio vasco. Sus huestes no hollaron jamás la belleza de sus valles y de sus bosques. Ni la majestad de sus montañas.

La inimaginable, la increíble pretensión de adscribir autónómicamente a Navarra en Euzkadí (nombre que se inventó a finales del siglo pasado el archicatólico y architradicionalista don Sabino Arana) supondría un grave atentado contra la lógica, contra la étnica y contra la historia.

La singularidad de los vascos estriba en ser los más españoles de todos los españoles, ya que son herederos directos de los primitivos habitantes de la Península no romanizados, no germanizados, no arabizados, curioso privilegio que no podemos aducir el resto de los españoles del Cabo de Creus a Finisterre, de Algeciras a Pamplona.

La historia de Vasconia está tan unida a la Corona de Castilla que, sin aquélla, no podrían entenderse las glorias de ésta. ¿Podría concebirse una historia de España sin los Elcano, Urdaneta, Legazpi, Churruca, Ignacio de Loyola, Unamuno, Maeztu y Pío Baroja? Hablar de la grandeza del pueblo vasco y de la indisolubilidad de tales grandezas con la historia de la patria común sería un precioso trabajo que estoy tentado de emprender. Pero excedería de los límites y los propósitos de este artículo de hoy. El nacimiento histórico del antiguo Señorío de Vizcaya está tan ligado con el Condado y el Reino de Castilla como el de Navarra lo está con el de Aragón. No obstante, la idiosincrasia navarra está perfilada históricamente con notables características. Hablemos un poco de esto.

Los cristianos hispanogodos, que aunque a rezca paradójico son lo mismo que los hispanorromanos (pues los primeros se fundie-

ron en la cultura de los segundos), se refugiaron, ante el empuje islámico, desde Asturias a Cataluña, tras la barrera inaccesible de las montañas cantábricas y pirenaicas. Y del mismo modo que la Reconquista de Don Pelayo bajó de las cumbres a la llanura, del mismo modo, digo, los navarros y aragoneses descendieron de sus montañas, que eran sus refugios contra la invasión, y ocuparon los valles y las riberas del Ebro. La tierra reconquistada por los navarros se llamó inicialmente Segorbe y fue ensanchando sus fronteras con el Islam hasta constituirse en Reino: un reino que llegó a abarcar toda la Rioja, parte de Aragón (pues Jaca, hoy provincia de Huesca, estaba incluida en sus dominios). Esta Navarra, que en algunos momentos de su historia ensanchó sus fronteras a lo que hoy son las tres provincias vas-

quiera que se cometa el error, porque el precio no puede nunca dejarse de pagar. La fusión autonómica del antiguo Reino de Navarra en el antiguo Señorío de Vizcaya sería tan grave, tan incongruente y fuente de tantos conflictos como lo sería la barbaridad de incorporar el antiguo Reino de Valencia o el antiguo Reino Balear en una autonomía catalana, porque, aun habiendo tenido el Condado de Barcelona y los Reinos distintos de Baleares y Valencia varios reyes comunes (encabezados por el de Aragón, Jaime I), fueron distintas monarquías independientes, bien que bajo una misma Corona, y con personalidades diferenciadísimas. No quisiera en modo alguno ofender a nadie. Pero, ¿se habla en Valencia el catalán o se habla en Cataluña el valenciano? Porque las primeras manifestaciones escritas culturales son va-



Reloj rematado por la estatua de la Fama, en el frontón de la Casa Consistorial de Pamplona.

congadas (dependientes de ella), colaboró en todos los frentes, lo mismo con Aragón que con Castilla, en la lucha antisarracena. Y al igual que mis antepasados aragoneses colaboraron con el Rey castellano en la toma de Sevilla, el monarca navarro Sancho VII, llamado El Fuerte, había sido ya veinticuatro años antes el más importante factor de la victoria cristiana en las Navas de Tolosa.

Como hubiera dicho nuestro padre espiritual don Pedro Calderón de la Barca, ¿«Qué ley, justicia o razón...» puede autorizar hoy la disparatada pretensión de incluir Navarra en Guipúzcoa? Puestos a hacer dislates, más lógico sería lo contrario, ya que las tres provincias vascongadas, durante un tiempo, pertenecieron al Reino de Navarra; y en otros más recientes la demarcación navarra se extendió hasta la desembocadura del Bidasoa, incluyendo la villa de Irún y la plaza fuerte de Fuenterrabía. Estas últimas fueron reincorporadas a Guipúzcoa, como era justo. En la Navarra occidental hay, en efecto, gran número de vascongados que tienen como lengua vernácula el euskaro; del mismo modo que en Cataluña hay murcianos y en Buenos Aires gallegos, lo que no priva de su autenticidad y peculiaridad histórica al territorio que los alberga.

Los errores históricos no son nunca gratuitos: tarde o temprano se pagan. Y a veces con sangre. Dios no lo quiera. Es decir, no

lencianas, no catalanas. No olvidemos esto tampoco.

Del mismo modo que la evolución de las especies culminó en la cerebralización de los homínidos (es decir, el hombre), la evolución de los pueblos con personalidad propia culminó en la unidad impuesta por la historia, la cultura y la geografía. En nuestro caso esta culminación tiene un nombre: España. Cualquier intento de disgregar lo que fue unido por la historia y soldado por los siglos es un retroceso, no un avance. Los hombres arrebuajados, apretados en las grandes ciudades, añoramos, a veces, la vida bucólica y pastoril. Pero no deseáramos retroceder al hombre de Cromañón.

Las sociedades civiles pueden desear la descentralización administrativa, pero no pueden atentar contra la unidad de la Patria. Quienes lo propugnan —los patricidas— serían retrógrados. Los que lo facilitaran inconscientemente, viven en el limbo. Incorporar el antiguo Reino de Navarra al antiguo Señorío de Vizcaya sería como adscribir España a Cuba o a Puerto Rico.

La Historia es un río que fluye hacia su desembocadura. Nunca hacia sus fuentes y manantiales. El agua y las realidades sociológicas desconocen la marcha hacia atrás.

Torcuato LUCA DE TENA
De la Real Academia Española